

La sombra del *Homo oeconomicus* **De la necesidad de una economía con una ética integradora y al servicio de la vida**

**Discurso en la asamblea anual *Michaelsempfang* de la Oficina Católica el 17 de septiembre de 2008
en la Academia Católica de Berlín**

(Traducción del alemán por Kristin Meyborg)

I. Del término y su contexto

En primer lugar, el término *Homo oeconomicus* se refiere al hombre económicamente activo. Sin embargo, hay quienes también lo interpretan como «hombre económico», que se convierte en el objeto de las relaciones de intercambio. Sea el caso que sea, el controvertido término *Homo oeconomicus* es parte del inventario fundamental de la economía clásica y a pesar de las muchas modificaciones, vuelve a aparecer también en una variación neoclásica. Con facilidad se convierte en motivo de polémicas y de la apologética. Queremos recoger este término y —sin convertirlo en caricatura— abordar los problemas que surgen en el contexto de la ética y de la teoría económica o de la economía misma.¹

A continuación, siguen algunos apuntes que pueden tener relevancia para comprender la génesis del término. Dejó de tener un papel central la economía que se enfocaba en las necesidades domésticas. El mercantilismo de la temprana modernidad cambió la forma de la actividad económica de manera fundamental. La economía de mercado en sus orígenes apuntaba a maximizar las ganancias. Esto provocó un cambio en la mentalidad de los comerciantes, la que se convirtió en el patrón determinante para el posterior *Homo oeconomicus*. A mediados del siglo XVIII, los fisiócratas estaban convencidos de que los procesos económicos funcionan según ciertos principios naturales. Todo se centraba en el principio de la racionalidad, que en el contexto del comportamiento humano, se entendió como la aspiración motivada por el interés propio de generar un máximo de ganancias y satisfacción, manteniendo la inversión de costos en un mínimo. El hedonismo y el egoísmo se convirtieron en los principios rectores de la economía. El excesivo afán por ventajas económicas ya no se consideraba una pasión negativa, sino una característica positiva. La economía pasó a formar una esfera independiente de la ética. La clásica economía nacional reforzó este contexto. El interés individual y el beneficio propio parecían ser los motivos más relevantes del actuar humano. Se creía en su legitimación ética, debido a que el comportamiento egoísta de todos los individuos llevaría a la prosperidad general. La escuela neoclásica a fines del siglo XIX afinó sistemáticamente el modelo del *Homo oeconomicus*. Fue también en este tiempo que apareció el término. De este modo, surgió el pensamiento costo-beneficio y el principio de maximizar el beneficio. Este beneficio se volvió cada vez más calculable con el mayor uso de las matemáticas en las ciencias económicas. Por otro lado, la preponderancia de lo subjetivo en la economía se extendió por causa del postulado del llamado individualismo metodológico y de la tendencia hacia una interpretación subjetiva de los

¹ Véase como introducción al tema: A. Suchanek, «Homo oeconomicus», en: G. Enderle et al. (ed.), *Lexikon der Wirtschaftsethik*, Friburgo de Brisgovia 1993, pp. 426-431. Textos recientes: J. Gerlach, *Ethik und Wirtschaftstheorie. Modelle ökonomischer Wirtschaftsethik in theologischer Analyse*, Gütersloh 2002; R. Rolle, *Homo oeconomicus. Wirtschaftsanthropologie in philosophischer Perspektive*, Würzburg 2005; A. Dietz, *Der Homo oeconomicus. Theologische und wirtschaftsethische Perspektiven auf ein ökumenisches Modell*, Gütersloh 2005. Las obras de Rolle y Dietz también describen las premisas históricas. Sobre la dimensión histórica, veáse sobre todo R. Manstetten, «Das Menschenbild der Ökonomie», en: *Alber-Reihe Thesen 7*, Friburgo de Brisgovia 2000.

valores.²

Esta breve descripción por si sola aclara el porqué en el transcurso del tiempo existían conceptos y concretizaciones muy distintas del modelo, sobre todo de parte de los propios economistas. También a raíz de ello ocurrió una evolución considerable del modelo.³ Es fácil imaginar que los filósofos y teólogos estaban extremadamente escépticos por la creciente alienación de la ética y de la economía en este modelo, pero también que debido a esta posición corrían el peligro de no captar su verdadero sentido.

II. La funcionalidad del modelo del *Homo oeconomicus*

Se debe tener en cuenta el objetivo para el cual se creó el modelo del *Homo oeconomicus* y el propósito al que sirve. Precipitadamente se consideró el *Homo oeconomicus* como la imagen central del ser humano en la economía y las ciencias económicas. Esto también a raíz de algunos puntos de referencia en la literatura económica. Por ejemplo, hay quienes consideran al *Homo oeconomicus* un concepto del ser humano generalmente acertado en términos empíricos.⁴ Otros tienen argumentos más normativos y sostienen, por ejemplo, que la «moral de los mercados abiertos» se sintetiza de mejor manera en la imagen del ser humano del *Homo oeconomicus*. Él está dispuesto a determinar sus fines y objetivos propios y por lo tanto asume la responsabilidad en conciencia de la envergadura de sus acciones. Se afirma conscientemente la antítesis de una definición fundamental de la filosofía europea, que considera al ser humano como ser social.⁵

Mientras muchos críticos definen a este modelo como una «imagen reducida del ser humano», algunos economistas señalan que no se trata de un concepto del ser humano en el sentido de la teología o de la filosofía. No pretende describir al ser humano en toda la diversidad de su existencia fundamental y tampoco en su dimensión actual e histórica. «El *Homo oeconomicus* representa un modelo del ser humano que se elaboró para fines de investigación muy específicos, por lo que su funcionalidad solo sirve en mayor o menor medida para estos fines de investigación limitados.»⁶

Esta renuncia al modelo solo se podrá entender desde la particularidad de la actividad económica moderna. Como punto de partida sirve el concepto de la situación de dilema. «La estructura de dilema caracteriza a aquella situación en la que los conflictos de interés impiden la ejecución de los intereses comunes.»⁷ Si bien los participantes del proceso económico general asumen la existencia de intereses colectivos, se mantiene permanentemente la creencia de que una posición semejante puede provocar la «explotación» por parte de los demás. Por lo tanto, el individuo debe estar preparado y defenderse con una «contraexplotación preventiva». Para esta situación también se acuñó la figura del «dilema del prisionero», por el ejemplo de dos prisioneros que, con el propósito de exculparse, pueden actuar de forma muy variada, por ejemplo negando o confesando un delito.⁸ «La ejecución de intereses comunes fracasa debido a la estructura de la situación. Justamente por esta razón, el esquema es fundamental para la economía, ya que forma el punto de partida o bien

² Para un resumen en ese sentido, véase A. Dietz, *Der Homo oeconomicus*, p. 54 ss.

³ Véase R. Rolle, *Homo oeconomicus*, pp. 228-236.

⁴ Véase por ejemplo G. Kirchgässner, «Homo oeconomicus. Das ökonomische Modell individuellen Verhaltens und seine Anwendung in den Wirtschafts- und Sozialwissenschaften», en: *Die Einheit der Gesellschaftswissenschaften* 74, Tübinga 1991.

⁵ Véase por ejemplo H. Giersch, «Die Moral der offenen Märkte», en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, N.º 64, 16, marzo de 1991, p. 13.

⁶ K. Homann/F. Blome-Drees, *Wirtschafts- und Unternehmensethik* (UTB 1721), Gotinga 1992, p. 93 (sobre el tema: pp. 92-98).

⁷ Véase K. Homann/A. Suchanek, *Ökonomik: Eine Einführung*, 2.ª edición, Tübinga 2005, p. 31 s.

⁸ Véase K. Homann, «Homo oeconomicus und Dilemmastrukturen», en: H. Sautter (ed.), *Wirtschaftspolitik in offenen Volkswirtschaften. Festschrift für H. Hesse zum 60. Geburtstag*, Gotinga 1994, pp. 387-409; K. Homann/A. Suchanek, *Ökonomik*, p. 31 ss., etc.

instruye a buscar entre las condiciones particulares de los actores involucrados a aquellos factores que impiden una cooperación que beneficie a ambas partes.»⁹ No hay interacción sin intereses, que a la vez son colectivos y conflictivos. Por tanto, los problemas económicos siempre son bi o multilaterales. El resultado siempre depende de la interacción de un mínimo de dos contrapartes. En este contexto son importantes las diferentes «estructuras impulsoras», que activan, transforman o también excluyen un cierto comportamiento. Se trata de la reacción de los individuos en ciertas situaciones problemáticas.

Por lo tanto, el *Homo oeconomicus* es un modelo que permite probar las posibles reacciones de las contrapartes involucradas en ciertas situaciones. Ciertamente, en este sentido, el concepto no es una imagen del ser humano. Sobre todo K. Homann advirtió una y otra vez: «El *Homo oeconomicus* no es una imagen del ser humano, sino una construcción teórica para señalar el comportamiento en dilemas. Por lo tanto, el *Homo oeconomicus* no se deriva de la antropología o de las ciencias del comportamiento, sino de la problemática de los dilemas.»¹⁰ Se sobrentiende que este modelo básico se complementa por los otros elementos estructurales: eficiencia, mercado, competencia, propiedad privada, afán de lucro, maximizar el beneficio.

Los defensores del modelo *Homo oeconomicus*, correctamente entendido, señalaban que en la economía moderna ya no se trata de regular la demanda creada principalmente en el contexto del matrimonio, la familia nuclear y extendida, así como en los pueblos, sino que se trata de una gran sociedad, generalmente anónima, determinada por otras leyes. En este contexto, quizás se pueda esbozar las ventajas de la siguiente manera: «El modelo cuenta con diferentes fortalezas, de las que hay cuatro que merecen ser destacadas. En primer lugar, su eficiencia en la explicación de patrones del comportamiento, ya que en muchos aspectos del actuar está involucrado el afán de optimizar el beneficio individual. En segundo lugar, el modelo permite frecuentemente acertados pronósticos del comportamiento y, de este modo, posibilita una mirada del comportamiento humano —sobre todo económico— que es útil para el control de procesos, principalmente en la economía. En tercer lugar, el modelo puede considerarse útil en la creación de estructuras legales con menos lagunas, en las que se autoimponen ciertas normas y en las ya no es conveniente cometer delitos. Sin embargo, en el caso de formular la ley desde un punto de vista meramente teleológico, se omite la reflexión acerca de centrales cuestionamientos éticos. En cuarto lugar, el modelo es de gran utilidad —si es que se crean condiciones razonables—, ya que permite ejecutar análisis situacionales, los que dejan entrever posibilidades de cooperación que sirvan al beneficio mutuo.»¹¹

Al tener esto presente, se debe aceptar la ciertamente limitada funcionalidad del modelo del *Homo oeconomicus* y no caer en un análisis simplista.¹²

III. La ambivalencia del modelo que genera tensiones

Existe una extraña mezcla entre aceptar el modelo casi sin cuestionamientos y, al mismo tiempo, criticarlo parcialmente. Debido a que el modelo fue sometido a un desarrollo continuo, algunas críticas ya no son actuales. Sin embargo, en las ciencias económicas se mantienen diferentes posiciones contrarias respecto al estatus del *Homo oeconomicus* como modelo teórico. Hay quienes entienden el modelo como hipótesis empírica, que proporciona una descripción adecuada del ser humano o por lo menos de su comportamiento promedio. Otros consideran el modelo como «ficción con elementos hipotéticos»: se trata de un modelo útil, independiente de su relación con la realidad. También ha sufrido cada vez más de pérdidas de contenido y de formalización. Sobre todo

⁹ K. Homann/A. Suchanek, *Ökonomik*, p. 34.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 412.

¹¹ A. Dietz, *Der Homo oeconomicus*, p. 55 s.

¹² Véase también K. W. Rothschild, *Ethik und Wirtschaftstheorie*, Tübinga, 1992, en especial la p. 22 s., etc.

en vista a su mínimo contenido, esto aumenta la aplicabilidad y la utilidad del modelo. En consecuencia, actualmente persiste una aceptación relativamente amplia del modelo del *Homo oeconomicus*. «Sin embargo, se discuten cada vez más las debilidades del modelo y algunas corrientes (...) no solo piensan en modificaciones sino también en alternativas. No obstante, (...) hasta el momento no existe una alternativa integral del modelo o bien un nuevo paradigma.»¹³

Claro está que el aspecto más propenso a provocar divisiones de opinión es la fundamentación de una ética económica. K. Homann ha intentado, una y otra vez, tender un puente entre la economía y la ética y —pese a algunas correcciones y también sus propias interpretaciones creativas— en principio no ve una contradicción.¹⁴ Pero reconoce relativamente temprano: «Sin embargo, esta economía se sirve —por lo menos de forma implícita— de algo parecido a una “imagen del ser humano”. Esta “imagen del ser humano” de la economía se halla más bien en un segundo plano y se explicita raras veces. Tampoco es muy elaborada y por ende no muy perfilada. Se trata más bien de una comprensión general del ser humano, una comprensión en el contexto de su realidad. Además, es una comprensión que se mantuvo lo más sobria posible, que renuncia conscientemente a todas las afirmaciones problemáticas sobre el ser humano, con el fin de poder aprovechar la ventaja de premisas “débiles” de la argumentación: la aceptación más amplia posible.»¹⁵

Efectivamente, habrá que admitir que la exigente perspectiva metodológica expuesta de la construcción teórica del *Homo oeconomicus*, fuera de la rigurosidad de la ciencia, se entiende —por lo menos desde el punto de vista de un enfoque— como imagen del ser humano y que reduce su complejidad diferenciada. Sin duda, también existe una estructura básica bastante general del modelo. La carencia de una interpretación estándar, también en la disciplina académica, tiene efectos negativos. En este sentido, y debido a una primacía —frecuentemente poco analizada— de maximizar los beneficios y ganancias así como separar en principio la economía y la ética, surgen críticas que no se deben ignorar.¹⁶ En mi opinión, es una visión demasiado ingenua concluir de manera general que los reparos morales contra el uso de la categoría del *Homo oeconomicus* serían infundados.¹⁷ En realidad todo se trata de la visión del mercado y de todos los poderes y fuerzas inherentes y alrededor de él.

En este contexto se puede entender que —como ya se mencionó brevemente— la crítica del modelo del *Homo oeconomicus* de algunos éticos económicos es mucho más aguda. Como ejemplo señalaré a P. Ulrich con su obra *Integrative Wirtschaftsethik*, en que en el contexto de la crítica de una «sublimación normativa de la lógica del mercado» afirma: «En vez de integrar el mercado de manera pertinente en las relaciones sociales, en una inversión radical éstas se insertan en el mercado. El desatender al carácter instrumental de la actividad económica convierte al ser humano económicamente activo en el “hombre económico” (*Homo oeconomicus*), reduce sus relaciones

¹³ A. Dietz, *Der Homo oeconomicus*, p. 56 (publicado en 2005). Véase también R. Manstetten, *Das Menschenbild der Ökonomie*; una apreciación crítica en E. Nass, «Der Mensch als Ziel der Wirtschaftsethik. Eine finalethische Positionierung im Spannungsfeld zwischen Ethik und Ökonomie», en: *Abhandlungen zur Sozialethik* 48, Paderborn 2003, p. 305 ss., etc.

¹⁴ Véase *Wirtschafts- und Unternehmensethik*, p. 92 ss.; son reveladores los axiomas al final de la obra *Ökonomik*, p. 411 s. (10 tesis); con especial agudeza en K. Homann, *Das ethische Programm der Marktwirtschaft* (publicación de la Fundación Europäische St. Norbert-Stiftung), Magdeburg 2008, pp. 26-40.

¹⁵ *Wirtschafts- und Unternehmensethik*, p. 97.

¹⁶ Véase A. Rich, *Wirtschaftsethik I*, 3.^a edición, Gütersloh 1987, p. 26 s.; *Wirtschaftsethik II*, Gütersloh 1990, p. 17, 171, 187, 229; A. Dietz, *Der Homo oeconomicus*; R. Rolle, *Homo oeconomicus*; J. Gerlach, *Ethik und Wissenschaftstheorie*; con menos claridad en W. Meyer, *Grundlagen des ökonomischen Denkens*, editado por H. Albert/G. Hesse, Tubinga 2002, p. 214 s.; F. Quaas, «Soziale Marktwirtschaft. Wirklichkeit und Verfremdung eines Konzepts», en: *Beiträge zur Wirtschaftspolitik* 74, Berna 2006, p. 221 ss., etc.

¹⁷ Véase por ejemplo K. W. Rothschild, *Ethik und Wirtschaftstheorie*, p. 23 (no obstante, con las siguientes limitaciones en cuanto a la situación fáctica); un rechazo bastante generalizado de la crítica (a pesar de toda exactitud) se encuentra en B. Noll, *Wirtschafts- und Unternehmensethik in der Marktwirtschaft*, Stuttgart 2002, p. 40 con la nota a pie de página 7; para un comentario más detallado véase también Chr. Watrin, «Ordnungssysteme für innerstaatliche wirtschaftliche Prozesse», en: W. Korff et al. (ed.), *Handbuch der Wirtschaftsethik*, tomo II, Gütersloh 1999, pp. 216-261.

interhumanas a relaciones de intercambio y de esta manera provoca el desbordamiento intelectual de la idea de una economía de mercado eficiente hacia la ideología de una sociedad de mercado total.»¹⁸

IV. Premisas del modelo que requieren de la discusión

El uso no diferenciado del modelo del *Homo oeconomicus* algunas veces alberga también en forma irreflexiva patrones de la argumentación que muchas veces son globalmente calificados como «economicismo».¹⁹ A veces, los ejecutivos de la economía, en la justificación de medidas poco populares, se dejan tentar por argumentos problemáticos: «El mercado nos obliga a ...» (tesis de la obligación fáctica), «... pero finalmente sirve al bien común» (tesis del bien común). Esto se puede interpretar de diferentes maneras. Puede basarse en la convicción de que en las condiciones de una economía de mercado no sería posible una ética económica debido a la «obligación» en un sentido de competencia y a la racionalidad económica necesaria. En este contexto, se suele hablar de «determinismo económico».²⁰ Hay quienes argumentan de que una consideración explícita de aspectos éticos en la actividad económica no sería necesaria en el contexto de un sistema económico moderno. Muchas veces, se hace referencia a la visión de Adam Smith, de que el proceso total finalmente sería controlado por una «mano invisible» (refiriéndose en primer lugar al libre mercado) y que resultaría en consecuencias justas y favorables en términos éticos. Si uno dejara que el mercado lleve a cabo su obra benéfica, entonces él funcionaría en el sentido de una «moral interna» para el beneficio de todos.²¹ No quiero en este punto profundizar el contexto teológico (palabra clave: deísmo) de suposiciones semejantes.

Está claro de que tales suposiciones generan ciertas coerciones del pensamiento y también pueden obstaculizar la visión a los desafíos éticos del desarrollo de la economía de mercado.²² Es más razonable cuestionar algunas de las premisas en que se fundamentan ciertas interpretaciones del modelo del *Homo oeconomicus*. Si bien no se encuentran en todos lados (K. Homann las combate incansablemente), no se puede negar su divulgación, sobre todo en su versión irreflexiva. Aquí no será posible una revisión general de estas premisas muchas veces implícitas. Son sobre todo dos de estas premisas que tienen un papel importante para nuestro contexto.

La primera premisa, para la que se acuñó el término algo infeliz de «axioma del egoísmo», ve al individuo económicamente activo como un ser que actúa principalmente en su propio interés, que no solo conoce bien sus preferencias, sino también las persigue con una orientación en sus intereses enfocada en maximizar su beneficio propio. La segunda premisa resalta las condiciones en las que transcurre la optimización del beneficio individual, por lo menos en un modelo ideal. En este contexto se supone que el sujeto económico actúa racionalmente en el sentido de que entre diferentes alternativas es capaz de elegir siempre aquella que le permita alcanzar el objetivo de maximizar sus beneficios.

¹⁸ *Integrative Wirtschaftsethik. Grundlagen einer lebensdienlichen Ökonomie*. Cuarta edición completamente revisada, Berna 2008, p. 139 (también véase las pp. 163, 190, 200 ss., 314, 329, 335, 343); id., «Zivilisierte Marktwirtschaft. Eine wirtschaftsethische Orientierung», en: *Herder spektrum* 5579, Friburgo de Brisgovia 2005; para fundamentar el concepto de una ética económica integradora, véase también D. Mieth/O. J. Schumann/P. Ulrich (ed.), *Reflexionsfelder integrativer Wirtschaftsethik*, Tubinga 2004. Sobre los enfoques de la ética económica, véase sobre todo K. Homann y P. Ulrich, y para una posición crítica E. Nass, *Der Mensch als Ziel der Wirtschaftsethik* (véase la nota a pie de página 13).

¹⁹ Véase P. Ulrich, *Integrative Wirtschaftsethik*, p. 139 ss., 218 ss., 397 ss. (véase también el registro en la p. 548).

²⁰ *Ibid.*, p. 139 s., 162 ss., 439 s., 444; véase W. Eucken, *Die Grundlagen der Nationalökonomie*, 9.^a edición, Berlín 1989, p. 185.

²¹ *Ibid.*, p. 139 s.; véase sobre la «mano invisible» R. Manstetten, *Das Menschenbild der Ökumene*, p. 143 ss., 151 ss., 259 ss.

²² Sobre los impulsos y motivos de índole absolutamente distinto en la evolución de la economía social de mercado véase K. Lehmann, *Notwendiger Wandel der Sozialen Marktwirtschaft*, Ludwig Erhard Lectures, Berlín 2002.

Si bien esto no constituye una imagen del ser humano, sino que en el sentido ya explicitado, un esquema de explicación abstracto e ideal y asimismo un marco de análisis uniforme, es importante enfocarse en los requisitos explícitos o implícitos que contiene. J. Röpke²³ describe estas premisas con cierta ironía: «El sujeto económico idealizado de la escuela neoclásica, el *Homo oeconomicus*, maximiza sus beneficios (ganancias), no tiene dificultades cognitivas de elegir la alternativa óptima de un número dado de varias alternativas, obtener esa información y el proceso de decisión no requieren de recursos o su dimensión puede calcularse de manera óptima, el hombre económico neoclásico puede obtener información ideal acerca de los precios y cantidades de todos los bienes y factores; si bien no es un requisito la predicción ideal de todos los participantes de la competencia ideal, las situaciones inciertas del futuro deben reducirse a condiciones de la “seguridad” mediante cálculos de probabilidad.» Ciertamente, son muchas las preguntas que surgen frente a un modelo semejante de hombre económico.²⁴

Sin duda, es importante un trato diferenciado de todos los términos empleados en este texto. Esto es sobre todo el caso de los conceptos de «eficiencia», «beneficio», «racionalidad económica», «beneficio propio» y sobre todo en relación con el término «egoísmo». No se debe entender todo simplemente en el sentido de las conocidas caricaturas capitalistas. En este contexto, no todo puede y debe explicarse y aclararse. Una parte importante de los malentendidos también se debe al hecho de que algunos términos, por ejemplo «beneficio propio», en el pensamiento anglosajón se interpretan de otra manera y no excluyen desde un principio el beneficio de otros o bien la solidaridad para todos.²⁵ Con esto no se pretende negar que persisten dudas en esta concepción. Quisiera elegir un par de términos básicos para evidenciar en su ejemplo la problemática.

Las tres grandes ideas rectoras que dominan a la economía moderna —la razón, el progreso y la libertad— tratan en primer lugar de una actividad económica razonable. Casi todas ellas ponen en primer plano la concepción de que «la idea que tiene la economía de una actividad económica razonable, es decir, la idea —proveniente de la experiencia del trabajo productivo— de un empleo *eficiente* de escasos recursos o bienes es la encarnación de la racionalidad o razón misma. En otras palabras, la racionalidad económica entendida de esta manera se considera la razón *absoluta*.»²⁶

Especialmente desde el inicio de la sociedad industrial moderna hace aproximadamente 200 años, el aumento de la eficiencia de nuestra actividad económica y el incremento de la prosperidad alcanzable mediante ella, se han considerado el principio determinante del progreso humano y también social. Sin embargo, durante las décadas pasadas ha surgido con cada vez más fuerza la pregunta a qué apunta este progreso y si este proceso casi interminable sigue siendo realmente «razonable». M. Horkheimer ya escribió en los años cuarenta en su conocido análisis *Crítica de la razón instrumental*: «Tal como [la acción por la acción] se (...) entiende y practica en el ámbito de nuestra civilización, la racionalización progresiva tiende a aniquilar precisamente aquella substancia de la razón cuyo nombre se invoca en favor del progreso.»²⁷

En la actualidad, todos tenemos claro que, por ejemplo, en la producción, en el transporte de bienes

²³ *Die Strategie der Innovation. Eine systemtheoretische Untersuchung der Interaktion von Individuen, Organisation und Markt im Neuerungsprozess*, Tübingen 1977, p. 260.

²⁴ Véase P. Ulrich, «Integrative Wirtschaftsethik», p. 141 ss., 175 ss.; íd., *Zivilisierte Marktwirtschaft*, p. 19 ss., 45 ss.

²⁵ Véase O. Höffe, *Einführung in die utilitaristische Ethik*, 4.^a edición, Stuttgart 2008. Véase en especial R. Manstetten, *Das Menschenbild der Ökonomie* (véase la nota a pie de página 1), p. 62 ss., 166 ss., 174 ss., 208 ss., 227 ss., 268 ss. Para un contexto más amplio, véase también K. Lehmann, «Ist der Sozialstaat am Ende?», en: *Hildesheimer Universitätsreden NF 3*, Hildesheim 2005 (lit. con otros estudios propios).

²⁶ P. Ulrich, *Zivilisierte Marktwirtschaft*, p. 22; íd., *Integrative Wirtschaftsethik*, p. 111 ss., etc.

²⁷ Buenos Aires 1973, p. 12. En este contexto no se debe ignorar que el texto original en inglés remonta directamente al tiempo de guerra y de posguerra (concretamente, al año 1946). Véase también *Gesammelte Schriften*, tomo VI, Fráncfort del Meno 1991, p. 26.

y sobre todo en el impacto ambiental asociado puede haber irracionalidad, ya que en este contexto es importante un tipo de razón que también considera los aspectos prácticos de la vida del ser humano y no solo se enfoca en una lógica de sistemas de la economía de mercado.²⁸ «De este modo, una actividad económica razonable desde un punto de vista integral y práctico para la vida se orienta —y parece ser inherente a la naturaleza del asunto— en su servicio a la vida.»²⁹

Sobre todo P. Ulrich señaló que en este contexto se nombran dos categorías fundamentales pertenecientes al núcleo del pensamiento ético europeo: la idea de la buena vida y la exigencia por una convivencia justa de los seres humanos.³⁰ Sin embargo, con eso el problema de una actividad económica razonable —sobre todo en vista a un progreso desenfrenado— se vincula a la pregunta por el sentido y la pregunta por la legitimización.³¹ No será realmente necesario repetir que con eso no nos oponemos al punto de vista objetivo de la eficiencia económica, sino que queremos hacer hincapié en la pregunta de «cuál debe ser el objetivo y quiénes deben ser los beneficiarios del funcionamiento eficiente de una economía (de mercado) al servicio de la vida... Por ende, en una comprensión extensiva de una actividad económica razonable, la eficiencia es un criterio sistemáticamente inferior que solo puede fundamentar su servicio a la vida en vista a las orientaciones del sentido y condiciones de legitimidad que se deben establecer.»³²

Además, P. Ulrich deduce de ello (y con razón) la concepción de una ética económica: «La ética económica, según mi comprensión, es la interdisciplina, que de este modo refleja persistentemente la “generación de valores” económicos respecto a su racionalidad en el contexto de vida de los seres humanos.»³³ En este contexto, es posible que por ejemplo aspectos de la competencia internacional y global por emplazamientos —la eficiencia económica— entren en conflicto considerable con el servicio concreto a la vida.³⁴ Todo esto no se debe entender como una apología de una economía ineficiente. «Un orden eficiente, que permite el enriquecimiento personal, eventualmente puede generar tentaciones. ¿Pero cuánta más tentación generan aquellos sistemas ineficientes, que solo conocen el enriquecimiento secreto, que incentivan el ingenio del egoísta y que fuerzan al individuo interesado en el beneficio propio a una verdadera abyección moral, ya que por falta de una “argucia de la idea” debe asumir abiertamente el perjuicio de sus prójimos.»³⁵

Podría seguir con estas reflexiones.³⁶ Sin embargo, las interrumpiré en este punto, con el fin de

²⁸ Para algunos ejemplos individuales más convincentes véase P. Ulrich, *Zivilisierte Marktwirtschaft*, p. 22 ss.

²⁹ *Ibid.*, p. 27, incluyendo el comentario 17 en la p. 187, donde en relación con el servicio a la vida se hace referencia a los teólogos luteranos E. Brunner (*Das Gebot und die Ordnungen*, 4.^a edición, Zúrich 1978, p. 387) y A. Rich (*Wirtschaftsethik*, tomo II, Gütersloh 1990, p. 23).

³⁰ Con mayor detalle en P. Ulrich, *Integrative Wirtschaftsethik*, p. 205 ss., 219 ss., etc. Véase sobre estas términos fundamentales W. Vossenkuhl, *Die Möglichkeit des Guten. Ethik im 21. Jahrhundert*, Múnich 2008, p. 296 ss.; E. Mack, *Gerechtigkeit und gutes Leben. Christliche Ethik im politischen Diskurs*, Paderborn 2002. Para una vista global, véase O. Höffe, *Lebenskunst und Moral oder: Macht Tugend glücklich?*, Múnich 2007.

³¹ P. Ulrich, *Zivilisierte Marktwirtschaft*, p. 27 ss.

³² *Ibid.*, p. 29 s. Véase generalmente E. Nass, *Der Mensch als Ziel der Wirtschaftsethik*.

³³ *Ibid.*, p. 30.

³⁴ Sobre otras preguntas, véase también U. Knobloch, «Effizienz als oberster Wert? Eine Auseinandersetzung mit den Antworten institutioneller Ökonomik», en: M. Held (ed.), *Normative Grundfragen der Ökonomik. Folgen für die Theoriebildung*, Fráncfort del Meno 1997, pp. 168-188 (posterior a P. Ulrich).

³⁵ Véase K. I. Horn, *Moral und Wirtschaft. Zur Synthese von Ethik und Ökonomik in der modernen Wirtschaftsethik und zur Moral in der Wirtschaftstheorie und im Ordnungskonzept der Sozialen Marktwirtschaft*, Tubinga 1996, p. 144.

³⁶ Véase por ejemplo E. Mack, «Ökonomische Rationalität. Grundzüge einer interdisziplinären Wirtschaftsethik?», en: *Volkswirtschaftliche Studien* 438, Berlín 1994, p. 179 ss., 195 s. En este marco no es imposible de siquiera mencionar la amplia literatura disponible que invita a una profundización de lo expuesto. Véase «Wirtschaftsethische Perspektiven I bis IV», en: *Schriften des Vereins für Socialpolitik*, NF 228/I-IV, Berlín 1994, 1996, 1998; H. G. Nutzinger (ed.), *Wirtschaft und Ethik*, Wiesbaden 1991; W. Lachmann, *Wirtschaft und Ethik*, Neuhausen 1987; W. Lachmann/R. Haupt (ed.), *Wirtschaftsethik in einer pluralistischen Welt*, Moers 1991; H. Steinmann/A. Löhr, *Grundlagen der Unternehmensethik*, Stuttgart 1992; P. Koslowski, *Prinzipien der Ethischen Ökonomie*, Tubinga 1988; *id.*, «Ethik des Kapitalismus», en: *Walter Eucken Institut. Vorträge und Aufsätze* 87, 3.^a edición, Tubinga 1986 (con un comentario de J. M. Buchanan); G. Enderle, *Wirtschaftsethik im Werden*, Stuttgart 1988; U. Steger (ed.), *Unternehmensethik*, Fráncfort

llevar el tema a otro horizonte, proveniente de los esfuerzos de la teoría económica y de las mismas ciencias económicas. Es decir, no se trata de una argumentación externa, sino considera algunas perspectivas con las que la misma reflexión amplía la contemplación. En este contexto ya hemos señalado cuán necesaria es una visión integradora de la economía y de la ética y cuán indispensable es la pregunta por su servicio concreto a la vida.³⁷

V. Cambio de orientación hacia el *Homo oeconomicus humanus*

Se evidenció la amplitud de la gama de interpretaciones del *Homo oeconomicus*, que permite una gran diversidad de posibilidades de interpretación y de integración. De ahí también se puede explicar el hecho de que este modelo se puede someter a transformaciones y se regenera una y otra vez y el porqué esto es así. Un aspecto importante en este contexto se ha vuelto la siguiente pregunta: ¿En qué sentido (sobre todo según reflexiones más recientes) existe una abrazadera integradora entre la teoría económica y la ética, entre la actividad económica y el principio moral, sin confundir y mezclar las distintas dimensiones? Esto ya condiciona en sí una ampliación del modelo del *Homo oeconomicus*.

En el contexto del desarrollo de la modernidad, también existen posiciones más rigurosas en vista a la razón económica. El cientista económico S. Latouche sostuvo, por ejemplo, que la creciente omnipotencia de lo económico estaría acompañada por una razón que —en su afán de un crecimiento en lo posible ilimitado y a una eficiencia máxima— se enfocaría solo en la racionalización, uniformidad y organización. Los aspectos y consecuencias negativas degenerarían en excesos caóticos que ya se habrían vuelto cotidianos: las pestes animales, la deforestación por incendio, los escenarios monstruosos del tránsito, las consecuencias catastróficas del cambio climático. Latouche ve en ellos signos manifiestos de una razón convertida en locura. Desde este punto de vista se debe entender también el título de su libro *La déraison de la raison économique : du délire d'efficacité au principe de précaution* (La sinrazón de la razón económica: del delirio de la eficiencia al principio de la prudencia).³⁸

En él señala cómo lo económicamente razonable puede entrar en conflicto con lo socialmente razonable. Latouche diferencia entre lo razonable, sobre todo si se concentra en la cuantificación y lo racional, que permite una gran variedad de comportamientos intelectuales. La razón se libera de estas limitaciones. Lo que a priori aparece como no razonable, a veces se revela como lo razonable. Esto puede llevar a sentencias severas y a veces incluso erradas en su agudeza, por ejemplo cuando se afirma: «El retorno de la razón requiere del destronamiento de la economía.»³⁹ En este contexto, naturalmente se trata también del encuentro con otras culturas y sus economías locales, que son

del Meno 1992; K. Homann, *Moral in den Funktionszusammenhängen der modernen Wirtschaft*, Stuttgart 1993; id., *Ethik in der Marktwirtschaft*, Roman Herzog Institut e.V., Múnich 2007; H.-J. Müller/J. Isensee (ed.), «Wirtschaftsethik – Wirtschaftsstrafrecht», en: *Rechts- und Staatswissenschaftliche Veröffentlichungen der Görres-Gesellschaft NF 61*, Paderborn 1991; Y. Spiegel, *Wirtschaftsethik und Wirtschaftspraxis – Ein wachsender Widerspruch?*, Stuttgart 1992; B. Biervert/M. Held (ed.), *Ethische Grundlagen der ökonomischen Theorie*, Fráncfort del Meno 1989; id., *Ökonomische Theorie und Ethik*, Fráncfort del Meno 1987; F. Hengsbach, «Wirtschaftsethik», en: *Herder spektrum 4013*, Friburgo en Brisgovia 1991; M. Kock (ed.), *Bausteine für eine künftige Wirtschaftsethik. Dialogergebnisse des Gesprächskreises Kirche – Unternehmer in der Evangelischen Kirche im Rheinland*, Neukirchen 1998; H. Lenk/M. Maring (ed.), *Wirtschaft und Ethik*, Stuttgart 1992 (ensayos centrales sobre el tema con documentos); G. Willke, *Neoliberalismus*, Fráncfort del Meno 2003. – En este contexto, quisiera hacer referencia a un documento que injustificadamente cayó en el olvido y es uno de los textos más antiguos sobre el tema: A. Marx, *Wirtschaftsethik, Vorlesung im Sommersemester 1957*, editado por Th. Bartscher/E. Gaugler, Mannheim 2003 (Forschungsstelle für Betriebswirtschaft und Sozialpraxis e.V.).

³⁷ Véase los breves comentarios de P. Ulrich en: *Integrative Wirtschaftsethik*, p. 11 ss., 17 s.; *Zivilisierte Marktwirtschaft*, p. 9 ss., pp. 19-44 ss., etc.

³⁸ *Die Unvernunft der ökonomischen Vernunft. Vom Effizienzwahn zum Vorsichtsprinzip*, Zúrich 2004, París 2001 (véase la bibliografía de los artículos que en su mayoría solo están disponibles en francés: p. 213 s.), especialmente p. 67 ss., 93 ss., 117 ss., 161 ss.

³⁹ *Ibid.*, introducción de W. Sachs, p. 9.

amenazadas de manera demasiado veloz por la globalización.⁴⁰ La consideración de esta dimensión lleva adicionalmente a una ampliación considerable del tema, en especial del modelo del *Homo oeconomicus*.

De este modo, la razón se libera y devuelve a sus orígenes. Se fortalece al saber también de calma y humildad, de validez en su juicio y del derecho del civismo. De esta manera, también cambian las relaciones del mercado en el sentido de un intercambio equivalente, precios equitativos y un comercio justo.

En este contexto, otro aspecto importante es que los mismos economistas renombrados exigen una ampliación del concepto de mundo que tiene la economía. La economía habría creado un mundo reducido, alejado de la cultura, que en la actualidad ya no se ajustaría a la realidad. La economía científica ni siquiera habría considerado la posibilidad de una inclusión crítica de la fuerza contenedora de la cultura frente a un pensamiento mercantilista puro. La referencia mutua entre lo intelectual y lo material, que por ejemplo fue invocado en sus obras una y otra vez por G. Simmel,⁴¹ se ignoraría constantemente. «Si bien una teoría económica ilustrada no logra evitar o combatir los conflictos, sí permite identificarlos como tales con enlaces causales. A fin de cuentas, la economía es inevitablemente el centro cotidiano de la vida en todo el mundo y determina nuestras vidas, no solo físicamente, sino que también impacta profundamente sobre los patrones culturales de vida de cada individuo, en todos lados y en todo tiempo de manera distinta. No basta con elaborar el funcionamiento óptimo de la economía, también se requiere de un examen meticuloso de qué es lo que posibilita de manera sustancial e intelectual-cultural. Esto también incluye cuestionar qué es lo que quizás no se debería dejar incontroladamente bajo su influencia.»⁴²

En conclusión, no se debe dejar la economía solo a los economistas. Ciertamente, hay leyes propias en el «sistema» de la economía.⁴³ Sin embargo, por eso no se debe desatender a que la economía en su totalidad y con sus premisas y consecuencias sí es parte del ámbito cultural.⁴⁴ No obstante, esto también tiene como consecuencia de que el ser humano —también como individuo— siga consciente de su poder de creación y de su responsabilidad ética para las consecuencias que resultan de él, un aspecto muchas veces descuidado.⁴⁵ No es suficiente que la economía —ciertamente con las mejores intenciones y un alto reconocimiento— fomente con sus ganancias proyectos culturales y sociales, sino también necesita desarrollar una mayor sensibilidad ética con una orientación social, cultural y política, tanto en el interior como hacia afuera del ámbito de la actividad económica.⁴⁶ No necesito dedicarme en este punto a las conclusiones importantes para la comprensión de la economía social de mercado, que en este contexto de ningún modo exige una

⁴⁰ Además de las publicaciones mencionadas de S. Latouche, véase especialmente J. Wallacher et al. (ed.), «Unternehmensethik im Spannungsfeld der Kulturen und Religionen», en: *Globale Solidarität – Schritte zu einer neuen Weltkultur 14*, Stuttgart 2006 (sobre todo la introducción de los editores y los aportes de J. Wieland y H. Hagemann/E. Strohscheidt). Véase también J. D. Sachs, *Wohlstand für viele. Globale Wirtschaftspolitik in Zeiten der ökologischen und sozialen Krise*, Múnich 2008.

⁴¹ Véase *Aufsätze und Abhandlungen 1894-1900*. Edición completa 5, Fráncfort del Meno 1992.

⁴² P. Bendixen, *Das verengte Weltbild der Ökonomie. Zeitgemäß wirtschaften durch kulturelle Kompetenz*, Darmstadt 2003 (lit.).

⁴³ Véase también N. Luhmann, *Die Wirtschaft der Gesellschaft*, Fráncfort del Meno 1988, en la edición de bolsillo, Fráncfort del Meno 1994.

⁴⁴ Esto fue expuesto de manera convincente por el ya mencionado A. Marx en su lección académica «Wirtschaftsethik» del año 1957 (véase la nota a pie de página 36), véase *Wirtschaftsethik*, pp. 15-35

⁴⁵ Véase B. Noll, *Wirtschafts- und Unternehmensethik in der Marktwirtschaft*, pp. 153-168; E. Nass, *Der Mensch als Ziel der Wirtschaftsethik*, p. 197 ss., 275 ss.

⁴⁶ De ahí se da la conexión con la doctrina social católica y el diálogo entre ella y la economía liberal, véase G. Schwarz/U. J. Wenzel (ed.), *Lust und Last des Liberalismus. Philosophische und ökonomische Perspektiven*, Zürich 2006 (recompilación de textos importantes); C. Dölken, «Katholische Sozialtheorie und liberale Ökonomik. Das Verhältnis von Katholischer Soziallehre und Neoliberalismus im Lichte der modernen Institutionenökonomik», en: *Die Einheit der Gesellschaftswissenschaften 77*, Tubinga 1992, sobre nuestro tema véase especialmente la p. 234 ss.; sobre el tema en general véase la obra de E. Nass, *Der Mensch als Ziel der Wirtschaftsethik*.

«compensación» sobrentendida entre el mercado y la orientación en el bien común, a pesar de que es algo que sigue siendo de importancia fundamental para el futuro de toda economía de mercado. Eso debido a que una economía de mercado pura siempre se autoamenaza mediante su sobrerrevolución. Sin embargo, entonces ya no se ajusta a la exigencia de la racionalidad.⁴⁷

En este contexto tampoco se debe olvidar de que muchas empresas en vista de un aumento de las demandas internas y externas así como de la inseguridad de una orientación fundamental, han revisado su cultura y «filosofía» desde un punto de vista ético y se han preocupado de las posibilidades de sus ejecutivos de participar en los procesos de desarrollo y de mejorar su capacidad, con el fin de lograr una dirección éticamente sustentable. No se debe subestimar la magnitud de este autocompromiso.⁴⁸

Finalmente, se debe hacer una última advertencia, que por lo menos esboza el cambio evidente en la economía. A través de la cooperación de las diferentes disciplinas, por ejemplo de la psicología, de las neurociencias, de la política y de la economía —llamada *Humanomics*— se habría logrado comprender mejor a la economía y sus decisiones. Esto significaría principalmente conocer mejor al ser humano en su calidad de cliente o empleado y provocaría un redescubrimiento del ser humano en la economía, pero también en las ciencias económicas. Con eso, la economía se habría acercado mucho más a la vida. «Durante un siglo, la imagen del ser humano racional era el fundamento de su pensamiento. Ahora los investigadores derrumban a este fundamento homogéneo y construyen otro. Uno no tan ordenado y compacto, sino más bien una obra heterogénea llena de imperfecciones, ranuras y grietas. Su ventaja inapreciable es que se aproxima más al mundo económico moderno y nos ayuda a entenderlo y a movernos en él. Los investigadores ya no nos presentan al *Homo oeconomicus* como un ideal racional que emulamos sin éxito o que rechazamos indignados. Más bien, nos presentan un reflejo en el que nos podemos encontrar, un tipo de *Homo oeconomicus humanus*. Ya es hora de una revolución desde abajo. Ella hará que la economía vuelva a ser excitante, interesante y cercana a la vida y a la experiencia.»⁴⁹

Ciertamente, es algo que se puede señalar también desde otro punto de vista. No solo existe la producción de demandas innecesarias y sin sentido, algo que en el futuro seguramente será castigado por el mismo mercado.⁵⁰ Sin embargo, una «irracionalidad» semejante del *Homo oeconomicus* también puede manifestarse en un aumento del consumismo, que puede derivar en una tiranía del consumo y por lo tanto exige —por razones de la supervivencia, es decir, de la razón— limitar o incluso renunciar al consumo.⁵¹

⁴⁷ Véase mis comentarios ya mencionados en *Notwendiger Wandel der Sozialen Marktwirtschaft?* (véase la nota a pie de página 22) y en especial K. Homann, *Das ethische Programm der Marktwirtschaft*, p. 25 ss., en especial p. 37 ss. En este punto, también se deben mencionar los comentarios críticos de algunos economistas estadounidenses renombrados, como por ejemplo J. K. Galbraith, *Die Ökonomie des unschuldigen Betrugs. Vom Realitätsverlust der heutigen Wirtschaft*, Múnich 2007; id., *Die solidarische Gesellschaft. Plädoyer für eine moderne soziale Marktwirtschaft*, Hamburgo 1998; R. Reich, *Superkapitalismus. Wie die Wirtschaft unsere Demokratie untergräbt*, Fráncfort del Meno 2008.

⁴⁸ Véase los comentarios detallados de B. Noll, *Wirtschafts- und Unternehmensethik in der Marktwirtschaft*, pp. 116-152 (lit.). Se puede observar un procedimiento similar en algunas áreas de la medicina y de la industria farmacéutica.

⁴⁹ U. J. Heuser, *Humanomics. Die Entdeckung des Menschen in der Wirtschaft*, Fráncfort del Meno 2008, p. 9; véase del mismo autor *Tausend Welten* (1996), *Das Unbehagen im Kapitalismus*, Fráncfort del Meno 2000 y *Schöpfer und Zerstörer* (con J. F. Jungclaussen), Fráncfort del Meno 2004.

⁵⁰ Véase M. Füllsack (ed.), *Verwerfungen moderner Arbeit. Zum Formwandel des Produktiven*, Bielefeld 2008, p. 23 ss., 133 ss., 167 ss.

⁵¹ Para una orientación general véase B. Biervert, el artículo «Konsum, Konsumgesellschaft», y G. Scherhorn, el artículo «Konsumverhalten», en: *Lexikon der Wirtschaftsethik*, pp. 535-545, 545-551; K.-G. Michel, «Konsumethik der Wohlstandsgesellschaft», en: *Abhandlungen zur Sozialethik*, p. 41, Paderborn 1997; sobre la perspectiva socioética y cristiana véase H. Rumbach-Thome, *Kirchliche Konsumkritik und Grundzüge einer Christlichen Ethik des Konsums*, Diss.-theol. Ruhr-Universität Bochum 2003 (publicado en línea: <http://www-brs.ub.ruhr-unibochum.de/netahtml/HSS/Diss/RumbachThomeHeike/diss.pdf>); P. Ulrich, *Integrative Wirtschaftsethik*, p. 145, 191, 230, 237 s., 296 ss., 355. Véase también las afirmaciones de E. Tenzer, «Im Rausch der Tüten», en: *Rheinischer Merkur*, N.º 37, 11 de septiembre de 2008, p. 13: «Esta enfermedad (el consumismo obsesivo) se conoce desde inicios del siglo

Quizás el error principal del modelo del *Homo oeconomicus* —a pesar de su interpretación en el sentido de una construcción teórica— está en que un enfoque semejante crea el peligro de que en su calidad de sistema o subsistema puede cerrarse y separarse de su entorno y de otros sistemas. Una operación semejante en el sentido de una reducción puede ser razonable desde el punto de vista metodológico y en ciertas limitaciones necesarias en las diferentes ciencias. Sin embargo, si sucede de manera fundamental y descarta una integración con otros sistemas de vida, se trata de un caso de «reduccionismo», como ocurre en diferentes disciplinas científicas. Se pierde de vista al mundo y al ser humano en su totalidad.⁵² En semejante horizonte limitado tampoco se puede responder a la pregunta de hacia donde apunta el progreso.⁵³

Esto demuestra nuevamente lo interesante y variado que es el tema del *Homo oeconomicus* y cuán necesario sigue siendo abordarlo con mayor intensidad que en el pasado desde el punto de vista de todas las disciplinas y áreas de responsabilidad. Esto también aplica a la política y sobre todo al asesoramiento político.

Este texto se titula *La sombra del Homo oeconomicus*. Se ha evidenciado el porqué el fenómeno ambivalente y versátil del *Homo oeconomicus* también es acompañado por sombras. Desde la sombra a veces es más fácil ver los efectos de la luz. Sin embargo, uno también está atado a esta sombra. Es posible salir de ella. No obstante, para ello se requiere de un «cambio de orientación»⁵⁴, con el fin de pensar de manera distinta, integradora y al servicio de la vida.

XX. ... Uno de sus dilemas es que —a diferencia de la drogadicción— se trata en principio de un comportamiento socialmente aceptado y deseable desde el punto de vista económico. El consumo es algo bueno, así lo afirman los economistas. El que compra es un ente productivo. El consumo alimenta la economía y genera prosperidad. De este modo, los consumidores excesivos al principio no son vistos de manera negativa, dado que cumplen simplemente con el deber del *Homo oeconomicus*.»

⁵² Véase B. J. F. Lonergan, *Method in der Theologie*, Leipzig 1991, p. 243, 252 s.; V. Danna (ed.), Bernard Lonergan. *Il metodo teologico, le scienze e la filosofia*, Cantalupa 2006, p. 80 ss., etc.; P. Gilbert/N. Spaccapelo, *Il Teologo e la Storia. Lonergan's Centenari (1904-2004)*, Roma 2006.

⁵³ Véase P. Ulrich, *Zivilisierte Marktwirtschaft*, p. 45 ss., 151 ss.

⁵⁴ Para aportes que siguen esta línea, véase W. Ch. Zimmerli/St. Wolf (ed.), *Spurwechsel. Wirtschaft weiter denken*, Hamburgo 2006, p. 7 ss., 271 ss.